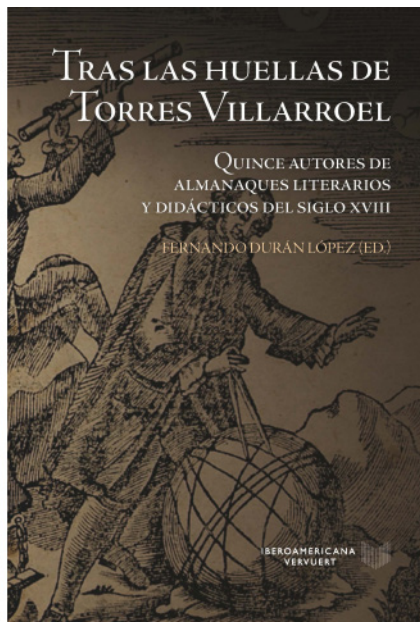


Fernando DURÁN LÓPEZ (coord.), *Tras las huellas de Torres Villarroel. Quince autores de almanaques literarios y didácticos del siglo XVIII*, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, 2022, 681 págs.

Esta obra colectiva, coordinada por el catedrático de la Universidad de Cádiz Fernando Durán (Cádiz, 1969), se inscribe dentro del proyecto de investigación «Almanaques literarios y pronósticos astrológicos en España durante el siglo XVIII: estudio, edición y crítica [FFI2017-82179-P]». Su objetivo es sacar a luz la producción de quince almanaqueiros de la primera mitad del siglo XVIII y analizar sus obras desde una vertiente comparativa respecto al modelo comercial instaurado por Diego de Torres Villarroel. De esta forma, se recogen los siete primeros almanaqueiros bajo el marbete de *Variaciones* y otros ocho en el de *Desviaciones*.

Como preámbulo de la obra, su coordinador pone en antecedentes a los lectores respecto a la situación en la que se encontraba el mercado editorial de almanaques antes de la irrupción de Torres y cómo este cambió para siempre el modelo de su producción desde la óptica literaria hasta su prohibición en 1767. La fuerte influencia que tuvo Torres en el panorama almanaqueiro se plasma en esta obra. Desde su título, *Tras las huellas de Torres Villarroel*, queda claro que la figura del salmantino será el centro de todas las aportaciones y a partir de él se calibrará en su medida la producción e impronta de los piscatores analizados, desde sus seguidores y remedadores, hasta aquellos que intentaron buscar su nicho de mercado a través de sus innovaciones.

María Dolores Gimeno Puyol (URV) inaugura la sección de *Variaciones* y lleva a cabo el estudio de tres almanaqueiros. En primer lugar, analiza los almanaques escritos por Francisco León y Ortega (págs. 33-62), profesor de Filosofía y Matemáticas de «la Academia de Barcelona». Este autor publicó diez pronósticos entre 1733 y 1743. Su aparición en los tórculos pudo estar relacionada con el destierro de Torres Villarroel a Portugal en 1732 con el objetivo de cubrir



el hueco editorial dejado por el salmantino. Por ello, sus primeros almanaques imitaban a los de Torres para, con el tiempo, crear un proyecto editorial propio. Gimeno Puyol describe la producción de León y Ortega desde sus almanaques iniciales de tono burlesco que transitan por paisajes costumbristas (como una botica, corral de comedias o tabernas) hasta otros de ambientes más científicos donde el autor muestra sus conocimientos en la materia.

Continúa con el estudio de Alejos de Torres (págs. 119-150) y sus seis pronósticos impresos entre 1735-1747, referenciados al contexto zaragozano. Su trayectoria es difícil de clasificar, ya que sus primeros pronósticos seguían el corte torresiano, no siendo así el resto. Se describe a Alejos como un piscator inquieto, con habilidad para componer retratos y describir lugares, que, tras un inicio en el que sus almanaques se asemejaban al de su «maestro» Torres, como él decía, intentó un particular proyecto en el que se arremolinaban astrólogos de diferentes nacionalidades como personajes secundarios.

Gimeno Puyol cierra su participación en esta sección con el estudio de Tomás Martín, «el Piscator Abulense» (págs. 179-212). Este autor, junto con Isidoro Ortiz Gallardo Villarroel, fue uno de los principales seguidores de Torres y, hasta cierto punto, estuvo avalado por el propio salmantino a través del paratexto legal de la censura plasmado en varios de sus pronósticos. Tomás Martín fue profesor de Matemáticas de la Universidad de Salamanca y su actividad editorial se circunscribió a los años cincuenta y sesenta. El propio autor, en su almanaque de 1763, dijo que había compuesto un total de trece, de los cuales solo han perdurado siete pronósticos, quedado en el olvido otros seis. Tuvo el claro objetivo de posicionarse en el mercado editorial de los almanaques, ya que recurrió a todos los tópicos mercantiles al uso: un nombre comercial, «el Piscator Abulense»; un buen gancho publicitario para lectores y compradores, ya que en casi todas sus portadas indicaba que era «discípulo» de Torres Villarroel; y, como no, su retrato impreso en la anteportada de sus obras. Fue reconocido por la exactitud de sus predicciones diarias y cálculos, su corrección literaria y, sobre todo, por su interés en la divulgación científica, puesto que en sus almanaques añadía secciones misceláneas referentes a distintos fenómenos naturales como los cometas o los rayos.

El último almanaque analizado por Gimeno Puyol (URV) es Germán Ruiz Galligos, «El Sarrabal Bungalés» (págs. 387-410), inserto en la sección de *Desviaciones*. Según sus cuatro almanaques impresos entre 1735 y 1739 era oriundo de Burgos y profesor de Astronomía de la Universidad de Salamanca, además de médico en Madrid. Tuvo una importante irrupción en el mercado almanaque, ya que su pronóstico para el año 1736 se imprimió en Madrid, Sevilla y Méjico, pero, al parecer, «El Sarrabal Bungalés» no tuvo la continuidad esperada. Como

imitador del Sarrabal de Milán, sus impresos destacaron por alejarse moderadamente del modelo torresiano ya que incorporaba en la sección final diversos contenidos misceláneos, por lo que situaban su producción en un modelo híbrido que tendía al didactismo. Estos almanaques destacaban por el uso de «autoridades científicas y literarias» (pág. 404), así como por el empleo de un tono festivo en lo que respecta al aspecto literario.

Fernando Durán López (UCA) describe la producción literaria de dos almanaqueros en la primera sección. Comienza con Gómez Arias (págs. 63-118), del que destaca sus opúsculos breves y ególatras. Según Durán López, Gómez Arias posiblemente nació en Zamora en una fecha cercana a 1712, fue estudiante de medicina no practicante, ya que se le denegó la licencia, por lo que subsistió gracias a los papeles que publicaba. Tras un repaso de su vida y obras, no solo de los almanaques, Durán López cierra este capítulo con un marbete que representa la carrera literaria de Gómez Arias, «Quiero y no puedo», donde destaca su descentrada carrera autorial como «Astrólogo, polemista literario, divulgador médico, hagiógrafo, poeta laudatorio, imitador inconfeso de Torres, escritor narcisista, luego pío moralista» (pág. 108).

Continúa con el estudio del sobrino y sucesor de Torres Villarroel, Isidoro Ortiz Gallardo Villarroel (págs. 213-284), siendo este uno de los únicos trabajos monográficos del «Pequeño Piscator de Salamanca». Adelantado almanaquero, Ortiz Gallardo declara en su pronóstico para 1751 (escrito el año anterior) que contaba tan solo con dieciocho años, creando así una figura de autor público a temprana edad. Se graduó en Artes por la Universidad de Alcalá y con apenas veinte años opositó a la Cátedra de prima de Matemáticas de la Universidad de Salamanca tras la jubilación de su tío. Su figuración autorial y profesional es indisoluble a la de su tío, ya que Torres ejerció de protector y maestro hasta el punto de incluir a Isidoro en su tercer testamento de 1757 como «albacea y editor literario» (pág. 273). Su carrera editorial estuvo fuertemente influenciada por la de Torres tanto en la forma como en el contenido, con un modelo continuista respecto a la producción y distribución, la composición de la dedicatorias y la presentación ante los lectores en la que incluía su retrato. Siguió el modelo torresiano de almanaques, con una prosa más didáctica, un perfil científico incierto respecto a la astrología y con textos en los que primaban las notas astronómicas por encima de la astrología y la literatura. Su temprana muerte coincidió con la prohibición de los almanaques tal y como se conocían, por lo que quedará por saber, como apostilla Durán López, cuál sería el derrotero que hubiese tomado Ortiz Gallardo tras la obligada vuelta de turca impuesta al género editorial.

El capítulo dedicado a Francisco Martínez Molés de Valdemoros (c. 1733) (págs. 511-558) continúa en la sección de *Desviaciones*. Este almanaquero nació

en Soria, fue doctor en Teología por la Universidad de Burgo de Osma, estudiante de la de Alcalá y clérigo ordenado de primera tonsura. Solo firmó dos pronósticos para los años de 1755 y 1756 en los que sigue el modelo de Torres Villarroel, pero la trascendencia y polémica que suscitó el último bien merece su inclusión en el monográfico, y que, a juicio de Durán López, «apunta a un potencial desarrollo del género como discurso crítico» (pág. 512). En estos pronósticos muestra su predilección por las ciencias experimentales, a pesar de su orientación teológica, y carecen del componente torresiano de interpelar a los lectores para acomodar su recepción. El almanaque para 1756 fue recibido como una crítica poco velada al rey y al gobierno, provocando gran revuelo y una reacción que conllevó al secuestro de la tirada por orden del ministro Ricardo Wall, así como al destierro de su autor.

Claudia Lora Márquez (UCA) analiza la producción literaria de dos piscatores. El primero es Pedro Sanz (págs. 151-178), otro autodenominado discípulo de Torres Villarroel, el cual debió de estar ligado a la ciudad de Burgos. Apenas se tienen datos personales de este almanaquero más allá de los suministrados en sus impresos. Fue profesor de Filosofía, Medicina y Matemáticas en la Universidad de Salamanca, donde pudo entablar relación con Torres, y ejerció como médico en el Hospital del Rey en la ciudad burgalesa. A través de sus textos se colige su defensa del método médico aristotélico-galénico. Esta defensa lo llevó a enfrentamientos con los seguidores de las teorías modernas astronómicas-científicas y médicas, tildándolos de advenedizos e ignorantes. También fue contrario a los almanaqueros que él consideraba plagiadores y no dudó en censurar todos aquellos papeles que consideraba incorrectos para el año de 1746: Horta y Aguilera, León y Ortega, Marín, Gómez Arias, Du-Tal, Moraleja y Navarro y Justicia y Cárdenas.

El segundo piscator que analiza Lora Márquez es Antonio Romero Martínez Álvaro (págs. 285-310), que publicó cinco pronósticos entre 1759 y 1763, los tres primeros impresos por Manuel Martín en Madrid. Este autor fue profesor de Derecho Civil y Canónico en la Universidad de Alcalá y, aunque sus pronósticos seguían el modelo de Torres, en ellos se aprecian innovaciones personales. Se desprende el poco interés de Romero Martínez por la materia científica al reducir de forma considerable los cálculos y la posición de los planetas, de forma que sus textos se centran más en el aspecto literario con tonos burlescos, en cuyo artificio narrativo predomina un marco onírico en el que se representa al propio autor. Según Lora Márquez, sus pronósticos se pueden encuadrar entre los de «materia y asunto teatral», siguiendo la clasificación de Romero Ferrer, ya que en ellos hay una presencia constante de cómicos madrileños con los que se representa el mundo teatral del momento. Romero Martínez se consideró a sí

mismo poeta pronostiquero y alarife de pronósticos, lo que nos da la idea de un profesional del mercado almanaquero cuyo principal objetivo era obtener réditos económicos y no los laureles de la fama.

Ana Isabel Martín Puya (UCO) da comienzo a la sección de *Desviaciones*, dedicada a aquellos piscatores que se alejaban del modelo de Torres, con el estudio de Francisco de Horta Aguilera, «El Ingenio Cordobés» (págs. 311-386). Nacido en Córdoba a principios del siglo XVIII, Horta Aguilera es un ejemplo de profesional de las letras que da sus textos a las prensas como forma de subsistencia hasta que consigue su estabilización económica mediante un puesto como clérigo beneficiado de las parroquias de Sotosalbos y Castroserna. Entre 1738 y 1747, dio a la imprenta diez pronósticos en los que supo adecuar las formas del mercado con los gustos del momento, llegando a ser un piscator de cierto reconocimiento, a lo que cabría añadir su faceta de relacionero y divulgador de literatura popular. Sus pronósticos se identificaban, además de por su nombre comercial, por la inclusión en el título del concepto de *Totilimundi* y por las consabidas ilustraciones que acompañaban a los piscatores, en este caso con la aparición destacada de un telescopio como instrumento de trabajo (*vid.* Álvarez Barrientos, *El astrólogo y su gabinete*). Para el estudio del contenido literario, en concreto de la ficción que caracteriza este tipo de obras, cabe destacar la claridad con la que Martín Puya expone el desarrollo del artificio literario llevado a cabo por Horta Aguilera a través de una tabla en la que se imbrican los elementos fundamentales (título, ficción literaria y texto final). Otra característica a destacar de este piscator es la inclusión de componentes divulgativos como las edades de los reyes, reinos y provincias sujetos a signos, recetas de términos astrológicos y curiosidades (pág. 340). «El Ingenio Cordobés» demostró, a través de sus escritos (populares, de limitada calidad literaria y con abundantes hurtos poco disimulados), ser un profesional de la pluma con más preocupaciones pecuniarias que por un afán de alcanzar la inmortalidad literaria.

Joaquín Álvarez Barrientos (CSIC) lleva a cabo el estudio de cuatro almanaqueros en esta segunda sección. El primero de ellos es José Patricio Moraleja y Navarro (págs. 411-490). Nacido en Madrid en 1711 y muerto en la misma ciudad en 1763, Moraleja y Navarro fue escribano del rey y se dedicó profesionalmente a las letras. Junto con Torres Villarroel, marcó el paso en la confección de almanaques durante la primera mitad del Setecientos. Destacó por ser el continuador de dos de las series más importantes de pronósticos, *El jardinero de los planetas* y el *Sarrabal de Milán*, y en ambos casos supo innovar añadiendo secciones misceláneas en detrimento de lo astrológico y judicial, pero siendo lo suficientemente fiel a los originales como para no perder a sus lectores ni su nicho de mercado. Fue capaz de modernizar un género encorsetado y hacer de

los almanaques unos productos orientados a aspectos históricos y didácticos, imprimiéndole a los textos un carácter de inmanencia temporal superior al pronóstico anual para el que se confeccionaba.

El segundo almanaquero analizado por Álvarez Barrientos es Jerónimo Audije de la Fuente (1716-1789), «El piscator de Guadalupe» (págs. 491-510), que tomó dicho sobrenombre por su ciudad natal, Cáceres. Se conocen cinco de sus pronósticos, impresos entre 1752 y 1760, y no han quedado vestigios de otros dos, reseñados por Aguilar Piñal. Audije tuvo una formación autodidacta y ejerció como pintor, platero e ingeniero, y se consideraba (como parecía ser costumbre en el mundo editorial almanaquero) discípulo de Torres Villarroel. De su carrera como pronosticador se destaca su intención de divulgar el conocimiento científico, pero, según Álvarez Barrientos, es posible que no tuviese el beneplácito del público y que su propuesta no llegase a calar en el mercado de pronósticos.

Continúa el mismo investigador con el estudio de la obra de Bartolomé Ulloa (págs. 559-594), impresor librero y autor, que desempeñó su profesión en Madrid. Como impresor, trabajó con Joaquín Ibarra antes de crear su propio sello y, en el ámbito de los pronósticos, obtuvo la exclusividad para vender los de Torres y su sobrino Ortiz Gallardo. Su trayectoria como almanaquero, aunque escueta, no pasó desapercibida. Álvarez Barrientos destaca cómo sus pronósticos estaban en la senda de los de Moraleja y Navarro (Sarrabales) al restar importancia a lo astrológico en «beneficio de la utilidad del producto» (pág. 568). Esa utilidad estribaba en dar a los lectores un piscator económico con tintes morales donde informaba acerca del estado del comercio, exponiendo ejemplos de gestiones deficitarias y denuncias de la corrupción imperante en Madrid, lo que conllevó serios problemas con las autoridades. Murió en 1786 acuciado por las deudas y asediado por los acreedores.

Álvarez Barrientos analiza el «Piscator historial de Salamanca» aclarando la homonimia del autor de los almanaques, José Iglesias de la Casa (págs. 595-622), escribano, con su hermano menor de igual nombre que fue poeta y presbítero. Iglesias (Salamanca, 1745-1804), escribano, compuso ocho almanaques entre 1773 y 1782 que destacaron por sus contenidos didácticos e históricos de carácter serial, trazando un rumbo diferente al de Torres, pero asentado en el mercado por piscatores como «Horta, Ulloa, Moraleja y Navarro, Audije» (pág. 602). Esta renovación, que ampliaba la vida útil del impreso más allá del año del pronóstico gracias a la incorporación de información miscelánea, vino propiciada por la prohibición de 1767 de imprimir almanaques, lo que supuso el fin al modelo impuesto por Torres Villarroel.

Cierra el volumen monográfico Alberto Romero Ferrer (UCA) con el estudio del madrileño José Julián López de Castro (1723-1762) (págs. 623-670). Fue

autor e impresor de cierta relevancia, caracterizado por ser un profesional de las letras de molde, adscrito a la literatura de cordel y con aspiraciones dentro del mundo teatral. De su producción almanquera destaca el «carácter cómico-festivo» (pág. 629), «una fuerte presencia del teatro, tanto a niveles estructurales como temáticos» (pág. 634) y una pretendida recepción de su obra por un público femenino, de ahí el título de sus almanaques: «El piscator de las damas».

*Tras las huellas de Torres Villaroel* destaca por su buena edición, en formato de veintitrés centímetros, encuadernado en tapas duras, con una tipografía clara y con generosos márgenes que permite una lectura agradable. Un índice final onomástico (págs. 671-681), que consta de unas setecientas entradas, ayuda al proceso de lectura y facilita la consulta directa, así como la posibilidad de conocer a otros piscadores y autoridades que no aparecen en el índice principal. Como contrapunto, desconcierta la ubicación de algunas de las figuras respecto al texto, ya que en ocasiones estas no se sitúan junto a su mención y hay que buscarlas en páginas sucesivas o, incluso, en las anteriores.

Hasta 2015, fecha en la que Fernando Durán publicó *Juicio y chirinola de los astros. Panorama literario de los almanaques y pronósticos astrológicos españoles, 1700-1767* (Gijón, Ediciones Trea), apenas existían trabajos acerca de los almanaques literarios del siglo XVIII, y los que había eran de corte bibliográfico en su mayoría. En estos últimos años, aquellos que disfrutamos con la lectura de almanaques literarios al estilo torresiano estamos de enhorabuena gracias a los frutos brotados del proyecto de investigación arriba mencionado. Así hemos podido disfrutar de *El astrólogo y su gabinete. Autoría, ciencia y representación en los almanaques del siglo XVIII* (Oviedo, IFESXVIII / Ediciones Trea, 2020), de Joaquín Álvarez Barrientos; *De las seriedades de Urania a las zumbas de Talía. Astrología frente a entretenimiento en la censura de los almanaques de la primera mitad del XVIII* (Oviedo, IFESXVIII / Ediciones Trea, 2022), de Fernando Durán; *Torres Villaroel y los almanaques: literatura, astrología y sociedad en el siglo XVIII* (Madrid, Visor libros, 2022), coordinado por el propio Durán y Ana Isabel Martín Puya; y, *Celestiales desatinos. Antología de almanaques literarios del siglo XVIII (1733-1767)* (Gijón, Ediciones Trea, 2022), edición de Eva María Flores Ruiz.

CARLOS M. COLLANTES SÁNCHEZ